

VICTORIO PIRILLO

# SIMÓN BOLÍVAR EN EL INFIERNO DE DANTE

PRÓLOGO DE PACHO O'DONNELL

Editorial Biblos



## SIMÓN BOLÍVAR EN EL INFIERNO DE DANTE

En este libro, Victorio Pirillo esgrime con excelencia y maestría académica un arma imbatible, que es la verdad documentada de los hechos contados. Corre un viejo telón que nos permite como espectadores asistir a una imaginaria justicia ubicada en un fantástico juicio *post mortem* en el noveno círculo de *La divina comedia* de Dante Alighieri, con hombres y circunstancias de otros tiempos, como lo son aquí Marx, Engels, Aníbal Ponce, Virgilio, Caronte, San Martín, Francisco de Miranda y tantos otros. Al igual que con su libro *Espartaco y su legión de rebeldes y anarquistas*, con Pirillo siempre se aprende algo nuevo gracias a ese jugoso y complejo crochet intelectual que marca su estilo de investigación, apasionante, atractivo y literario.

— Eduardo Bufalino



**Victorio Pirillo** es abogado y cursó estudios de posgrado en Ciencias Políticas. Es dirigente político y sindical; consultor y asesor comercial en el mercado local e internacional. Fue un comprometido delegado estudiantil en la década de 1970. Ya siendo trabajador y representante gremial electo, el 30 de marzo de 1982 participó en la marcha convocada por la CGT, denominada Brasil, bajo la consigna “Paz, pan y trabajo”, que fue brutalmente reprimida. Ideólogo y miembro fundador de la comisión que recuperó la histórica Casa de Gaspar Campos, en Vicente López. Rindió homenaje en varias oportunidades a los obreros fusilados en los lugares donde aconteció la denominada Patagonia Trágica. Fue asesor de campaña de distintos candidatos de la política nacional. Se desempeñó en el cargo de asesor de la Embajada Argentina en el Uruguay. Es pública su comprometida labor en misiones humanitarias, culturales, ecológicas y ambientalistas;

también se lo conoce por su respeto irrestricto al pluralismo ideológico y su ayuda constante a sectores vulnerables. En la actualidad, se desempeña como secretario general del Sindicato de Trabajadores Municipales de Vicente López. Además, es miembro del Frente Sindical para el Modelo Nacional, secretario de Prensa de la Confederación General del Trabajo Regional, escritor y consultor político.

VICTORIO PIRILLO

SIMÓN BOLÍVAR EN EL  
INFIERNO DE DANTE

**Editorial Biblos**

# Índice

Cubierta

Acerca de este libro

Sobre el autor

Portada

Dedicatoria

Epígrafe

Presentación, por José Nicolás Balbi

Prólogo, por Mario Ernesto “Pacho” O’Donnell

Capítulo 1. Quién fue Marx, el gran crítico de Bolívar

Las noches de Londres: tabernas, escritos y Marx

El tiempo siempre gana la partida: perfil e intimidad de Marx

Los detractores de Marx

La obediencia y la disciplina gobiernan la relación con el padre

Marx y su vida alrededor de la miseria

Marx y Bolívar: Latinoamérica, los pueblos sin historia y el idealismo  
hegeliano

El deseado encuentro

Charles Anderson Dana y su editorial

Capítulo 2. Charles Anderson Dana, Aníbal Ponce y Karl

Marx reunidos por Bolívar

Un editor yanqui en Europa

Un encuentro inesperado: Karl Marx y Aníbal Ponce

Bolívar y su ejército de extranjeros

Bolívar y Haití

### Capítulo 3. Bolívar, antes y después de su muerte: confesión, la parca y monedas para Caronte el barquero

La confesión

El recuerdo de su gran amor

La última carta de Bolívar, escrita seis días antes de morir

### Capítulo 4. El descenso al Infierno

La llegada

Antes del juicio

### Capítulo 5. El gran juicio final

El tribunal se prepara para juzgar a Bolívar

La meca de la revolución: el puerto de Cádiz y la ciudad de Londres

La Primera República de Venezuela

La pérdida de la plaza de Puerto Cabello

### Capítulo 6. Siguen las pruebas

### Capítulo 7. “Bolívar, el verdadero Soulouque, el Napoleón de las retiradas”

Cobarde, canalla y miserable

Un héroe confuso

### Capítulo 8. Miranda no es igual a Bolívar

Revisando a Miranda

Los verdaderos intereses de Bolívar

### Capítulo 9. Marx y Engels ponen manos a la obra

### Capítulo 10. Defensores de Bolívar

### Capítulo 11. España ha caducado y Miranda ha muerto

La muerte de Miranda

La lucha por la libertad y la lucha por el poder

### Capítulo 12. Andrés Bello, Manuel Piar y Manuel Padilla, víctimas de Bolívar

Tropelías contra Bello

Piar: su detención y fusilamiento

La muerte de Padilla

Capítulo 13. Consideraciones necesarias antes de  
formular el veredicto

Capítulo 14. La sentencia

Epílogo

Bibliografía

Créditos

*Este libro terminado, querido papá, es el que tuviste en tus manos poco antes de partir. Sé que allí, en ese lugar donde las almas que se quieren se encuentran, recibirás un ejemplar para que lo disfrutes y leas con esa alegría hermosa con la que viviste y nos dejaste como sello característico de tu noble vida.*

*Con afecto, tu hijo.*

*La vida es un perpetuo movimiento que, si no puede progresar en línea recta, se desenvuelve circularmente.*

Thomas Hobbes

*De hecho, la gente se pelea por una superstición tanto como por una verdad, o incluso más. Ya que una superstición es tan intangible que es difícil demostrarla para refutarla, y la verdad es un punto de vista y, por lo tanto, se puede cambiar.*

Hipatia de Alejandría

*Un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia.*

Simón Bolívar, discurso ante el Congreso de Angostura

# Presentación

*José Nicolás Balbi\**

El relato sobre la vida de Simón Bolívar y el juicio de sus acciones me fue revelado con el mismo entusiasmo y creatividad con los que Victorio Pirillo acometió sus anteriores investigaciones históricas. Quedan lejos de la imaginación del lector las horas de trabajo e interpretación que compartí con el autor de *Espartaco* y las infinitas consultas que hacen del presente relato no solo una lectura entretenida y apasionada, sino un repaso académico sobre documentos, historias y situaciones que en esta entrega se mezclan con la literatura clásica de forma magistral. En 2019, en la búsqueda del espíritu de la relación con Francisco de Miranda, visité y consulté archivos europeos donde obtuve los datos originados en las aventuras de nuestros héroes bajo la guía y la mirada perspicaz del futuro autor de estos capítulos. *Bolívar* es un relato, pero también es historia y una muestra científica, obtenida más del trazo de un bisturí sangriento que de una pluma

rebosante, que nos cuenta sobre la historia que no debemos ni podemos olvidar.

\* Profesor de Historia recibido en la Universidad Nacional Tres de Febrero (Argentina), con estudios de posgrado en Arqueología en la Universidad Nacional de Tucumán y posgrados de prácticas arqueológicas en Dorchester (University of Oxford) y Tel Azekah (Tel Aviv University). Es docente escolar de Historia. Invitado a varios proyectos de excavación arqueológica de Conicet sobre temática inca e investigador arqueológico de la provincia de Catamarca.

## Prólogo

*Mario Ernesto “Pacho” O’Donnell*

Victorio Pirillo, autor de *Espartaco*, se propuso ahondar en las ricas vertientes del ensayo de Karl Marx sobre Simón Bolívar, escrito por encargo del director del *New York Daily Tribune*, Charles Dana, en 1852. El filósofo y economista alemán puso como condición contar con la colaboración de su incondicional amigo Friedrich Engels.

La conclusión a la que llega el intelectual alemán sirve de bajada al elogiado libro de Pirillo: Bolívar habría sido “un canalla y miserable”.

Pirillo emprendió la ardua tarea de recorrer la bibliografía a la que apeló Marx y la desarrolla en lo que remeda un juicio al venezolano en el que intervienen, además de sus contemporáneos y biógrafos, personajes que atraviesan los tiempos, como Jacques Lacan, Félix Luna o José Aricó.

Uno de los ejes de este libro, no el único, plantea la disyuntiva entre el mito y la realidad. En carta a Engels del 14 de febrero de 1858 Marx escribe: “La fuerza creadora

de los mitos, característica de la fantasía popular, en todas las épocas ha probado su eficacia inventando grandes hombres. El ejemplo más notable de este tipo es sin duda el de Simón Bolívar”. Confiesa haberse negado a “presentar como Napoleón III al canalla más cobarde, brutal y miserable”. A continuación lo compara con Soulouque, terrible dictador haitiano que traicionó a sus pares afrodescendientes que lo encaramaron en el poder.

Bolívar, según Marx, era un aristócrata mantuano, amo de esclavos, fiel representante de las clases oligárquicas y “con una codicia sin límites, enfermo de poder y de fama”.

Pirillo, haciéndose eco de Marx, suma críticas a Bolívar: la caída del castillo de San Felipe en Puerto Cabello, enclave estratégico de los patriotas al cuidado de don Simón, quien habría huido ignominiosamente dejando a sus hombres a merced del cruel jefe realista Monteverde, provocando el fracaso de la Primera República. Don Simón habría sido llamado “el Napoleón de las retiradas” debido a sus fracasos militares, señalando que el gran triunfo de Ayacucho no fue suyo sino de Sucre.

Una circunstancia omnipresente en Pirillo-Marx es la traición de Bolívar y otros a Francisco Miranda, a quien reivindicaban como el verdadero libertador, de vida y trayectoria fascinantes. La escena es tan decisiva que es relatada varias veces en el libro, de acuerdo con la visión de distintos historiadores, casi todos ellos contemporáneos de los hechos, sin faltar los testigos presenciales. Miranda

terminaría su vida prisionero en Cádiz, luego de años de maltrato, encadenado.

Algunas de las fuentes que Marx más habría utilizado fueron las de oficiales que actuaron bajo las órdenes de Bolívar: Henri Lafayette Ducoudray, Gustavus Hippisley y William Miller, todos ellos extranjeros que ponen clara la ayuda que potencias europeas dieron a don Simón para triunfar en su propósito. Que, más que libertarios, eran funcionales a una Gran Bretaña deseosa de apoderarse de los mercados que a España se le escapaban de las manos y que les eran necesarios porque Napoleón se había adueñado de la Europa continental, aunque Gran Bretaña había conservado el dominio de los mares.

Marx da a Bolívar la débil posibilidad de defensa, pero no puede evitar el veredicto, “el Eterno Olvido, el Oblivion, aniquilando su recuerdo perpetuamente de todos los mundos posibles”. Pirillo resalta el lema que *petrificará y derretirá la imagen de Bolívar*: “Los mitos serán destruidos definitivamente”.

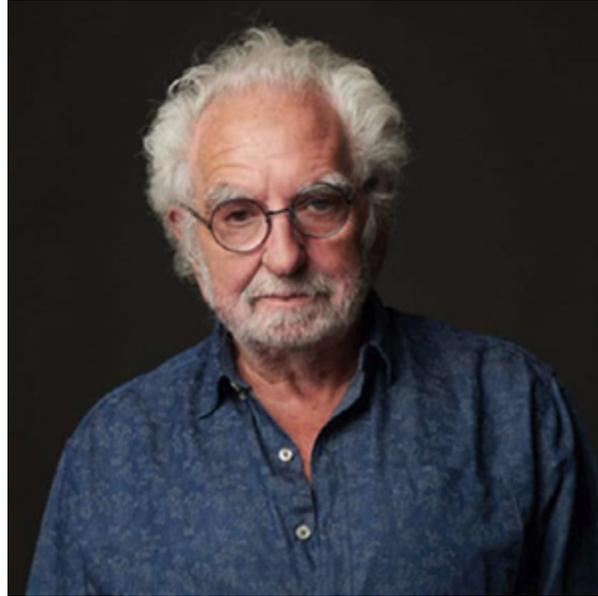
El mismo pensador y activista alemán no se salva de esto, ya que estas páginas ofrecen un retrato biográfico que lo muestra poco ejemplar en sus relaciones familiares y laborales, hecho que refuerza la hipótesis de la distancia entre su propio mito y lo real.

En el final Pirillo nos ofrece un luminoso y breve San Martín y desnuda otra de las claves de su libro: ha sido Miranda el verdadero libertador. Son Dante y Virgilio

quienes le restituyen el lugar que Bolívar y la humana tendencia al mito le habrían conculcado.

Sin duda este libro de Victorio Pirillo merece ser leído, entre otras valederas razones para conocer las opiniones de Marx sobre las insurrecciones iberoamericanas, a las que despoja de méritos independentistas e interpreta desde la perspectiva de la lucha de clases. Nunca olvida que don Simón es un rico aristócrata mantuano que jamás resigna de tal condición que condiciona no pocas de sus acciones. Como el ajusticiamiento -don Simón no era renuente a las penas capitales, también masivas- de los insubordinados patriotas generales Piar y Padilla, quienes así pagarían también su condición de afrodescendientes.

Este buen libro se cierra con un interesante epílogo en el que el autor reflexiona sobre las circunstancias poco venturosas de nuestra castigada Iberoamérica, “esquema de cosificación impuesta y planificada”, aunque deja abierta la posibilidad de recrear “el hermoso e inacabado sueño mirandino”. Sería muy bueno que nuestros políticos lo leyeran y tuvieran en cuenta.



*Pacho O'Donnell*

# CAPÍTULO 1

## Quién fue Marx, el gran crítico de Bolívar

*La conciencia vale por mil testigos.*

Quintiliano

*Toda frase breve acerca de la economía es intrínsecamente falsa.*

Alfred Marshall

No le fue difícil encontrar un editor, y apenas firmó el contrato se entregó al trabajo apasionadamente. Su investigación debía salir a la luz, ser publicada, debatida, interpelada y discutida. Le entusiasmaba la idea de generar polémica, estar en boca de todos, hacer de su escrito un objeto controversial.

El tema era tan extenso como complejo y exigía una vasta erudición. Karl Marx -de él se trata- comenzó a estudiar, recopilar información, incluir notas al pie de cada página, al margen o donde existiera un lugar para tomar apuntes importantes, compilar hechos históricos y fundamentar sucesos. Con lápiz en mano y montaña de libros a su alrededor, durante meses leyó y resumió las obras de los

economistas más prestigiosos; desde Sismondi hasta Andrew Ure, desde Jérôme-Adolphe Blanqui hasta Adam Smith y David Ricardo; pero las bibliotecas de Bruselas no contaban con el suficiente material que le permitiera explayarse cómodamente y a su gusto. Algunos de los libros y autores que habían escapado a sus lecturas pertenecían nada menos que a los economistas ingleses William Petty y William Thompson. Pero Karl en ese momento necesitaba ir directamente a la fuente; para eso, debía trasladarse a Inglaterra para estudiarlos y embeberse en el tema, hacer las cosas como corresponde, como a él le gustaba trabajar. No era un simple novato, y debía conservar su prestigio y su ganada reputación.

En el verano de 1845 ya estaba allí. Sabía que investigar un problema suele despertar otro, que la comprobación de un solo dato impone, en general, un esfuerzo de días y varias noches de insomnio. El tiempo pasaba, sus ojos recorrían ávidamente cada hoja, cada línea, cada palabra. Cuanto más estudiaba, más y más libros necesitaba. La búsqueda de información se hacía, al mismo tiempo que interesante, infinita, y Marx era un convencido de que podía escribir sobre el mundo entero y algo más, si cabe...<sup>1</sup>

-¿Hasta cuándo, Karl? ¿Hasta cuándo seguirás reuniendo materiales, juntando información? ¿Hasta cuándo seguirás agregando más notas a las notas? ¿Cuándo será el día que dejes de ir tras alguna pista o un ínfimo dato? -exclamaba casi constantemente su desaliñado amigo Friedrich Engels, un personaje algo indisciplinado y bastante nervioso. Con la

extrema confianza que su amistad le confería, le imploraba poner punto final a sus lecturas a fin de que terminara su trabajo. Sabía que su amigo era un perfeccionista de esos que contarían las hojas de un árbol si las tuviera que dibujar, pero para Marx el hasta cuándo no existía. De todas formas, todos los que lo conocían sabían que él no leía con liviandad y simpleza, sino que, por el contrario, convertía su lectura en un método. Analizaba con extrema atención lo que estudiaba, reflexionaba y volcaba en cientos de apuntes sus propias opiniones. Su impecable esfuerzo siempre se reflejó claramente en un trabajo científico como método en sí y herramienta de labor.

Para comprender lo que explico, es bueno embeberse un tanto de su tesis doctoral titulada “Diferencia entre la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro”, texto donde demuestra su concepción materialista y atea; todo un desafío profundo, como era su costumbre. En mi humilde entender, Marx utiliza allí el llamado “método crítico” como instrumento para exponer científicamente cualquier procedimiento que poseyera un vínculo con el ciclo histórico que correspondiera. Asimismo, tenía como hábito resumir detalladamente todas las citas, revelando siempre el origen de la información. No lo creerán, pero es cierto que recolectaba un material grandioso, gigantesco: para cada uno de sus trabajos acumulaba biografías, resúmenes, borradores, y a la vez diseñaba un índice detallado de toda la información, volcándola y clasificándola sobre un manuscrito original. Un afamado

seguidor, llamado Vladimir Ilich Ulianov -popularmente conocido como Lenin-, supo decir de él: “Todo cuanto ha sido creado por la sociedad humana fue sometido por Marx a la prueba de la crítica, sin que ni un solo punto escapara a su atención”.

Pero caigo en la cuenta de que no me he presentado a mis lectores. Es hora de hacerlo. Mi nombre es Victoriuss Rillopi y, por circunstancias que sería ocioso relatar aquí, fui testigo de los extraordinarios sucesos que describo en este libro. Con la misma minuciosidad y autoexigencia que observé en Marx, tomé nota con extrema fidelidad de todo aquello que vuelco en estas páginas. Incluso me he permitido ceñir alguna bibliografía extra a la mencionada por Karl, con la certeza de que los lectores sacarán provecho de ella. Ahora seguiré con mi narración.

## **Las noches de Londres: tabernas, escritos y Marx**

Mientras tanto, lejos de ese ambiente de libros y polvo, tinta y papel, súplicas y perfeccionismo, mi vida como eventual y circunstancial actor transcurría entre los sujetos más deleznable y marginales de la ciudad, sorteando casi constantemente las situaciones más caóticas y accidentadas con las que hasta ese entonces me había topado.

En aquel tiempo, en Londres existía prácticamente una fonda por calle, lo cual acrecentaba más que lo normal el

olor a ron y cerveza. Sus consumos en exceso lograban desatar los conflictos marginales generados siempre por entes iracundos y buscapleitos que saturaban las callejuelas de aquella localidad, antesala de una zona populosamente fabril.

Una noche, caminando sin rumbo y viendo que la lluvia constante de la ciudad nuevamente se acercaba, encontré refugio en una de esas tantas tabernas mugrosas que se mimetizaban con el paisaje triste de aquella húmeda y nublosa metrópoli. Formaban parte de ese pictórico cuadro los ebrios perennes que se disputaban sus fantásticas historias al lado de sus inseparables vagabundos fastidiosos. Las tabernas estaban colmadas de viciosos, pero ni a mí ni a mi inagotable sed nos importó. Sabía que este tipo de antros, comúnmente frecuentados tanto por salvajes como por académicos, albergaban también como imperdible atractivo a los personajes más poderosos de la política inglesa de todos los tiempos.

Quise saber con qué y con quién me encontraría esa noche. Elegí una famosa bodega popularmente conocida con el nombre de The Puke (“el vómito”); apenas ingresado, me dispuse a sentarme ante una maltrecha mesa, empujado por la sed extrema que hasta ese momento se había constituido en mi única y fiel compañera. Encerrados entre paredes de piedras totalmente transpiradas y llenas de musgo, lugar por cierto sombrío, cubierto por una luz tenue, sórdido barullo, pestilente olor y muebles quejosos, los hombres que allí estaban podían,

según sus convicciones, resolver en un santiamén los problemas del mundo entero. Una vez sentado, hice marchar mi primera vuelta de ron; a continuación, como para sobrellevar el tiempo, decidí ponerme a jugar internamente en adivinar quién de todos los horrendos clientes allí presentes sería el primero a quien el corpulento y mal hablado dueño de ese lugar, por fastidio, desechara con dirección a la calle. Acto seguido, bastó un pantallazo para distinguir a trabajadores de retorcidos académicos y a estos de holgazanes vagabundos, todos por cierto compartiendo la misma y maloliente madriguera.

Después de al menos cuatro rondas, el griterío del ambiente ya empezaba a molestarme. Entre vómitos, eructos hediondos de alcohol y manchas de orín que alteraban los pantalones de muchos de los allí presentes, surgió de entre las mesas un individuo totalmente ignoto para mí. Lo miré fijamente y de pronto, usando una silla como escalera, el desconocido trepó con brío a una mesa temblorosa. Los hombres que gritaban en sus conversaciones infinitas, ahora ante tal escena optaron por callar, parados y apretujados.

El rostro del desconocido era alargado debido a su pronunciado mentón, sus ojeras verdosas remarcaban unos ojos oscuros, y su cuerpo era lo bastante robusto. El pelo, notoriamente grasoso y despeinado, quedaba inmóvil a pesar de que sus movimientos eran muy bruscos. Al verlo parado allí, tan ridículo como imponente, la taberna

enmudeció, los muebles dejaron de chillar y los vasos de brindar sin sentido.

Tenía una presencia imponente y, arrojando un negro capote a sus adláteres, se dirigió a la multitud que, expectante, fijó su mirada en él: “Quiero aclararos que poseo grandes dotes retóricas”, dijo. Acto seguido, emulando a un excelente orador llamado Alberto V. Fernández -autor del libro *Arte de la persuasión oral*-, dijo: “Sepan que no hay discurso oratorio sin razonamiento caluroso, sin la palabra con lirismo; porque la palabra con lirismo exalta los corazones cuando la mente disciplinada controla las emociones”. Se desprendieron aplausos y, producido un inesperado silencio, continuó: “Soy un acérrimo defensor de la propiedad privada, pero también un convencido de que el objeto de la economía no es la riqueza sino el hombre que se sacrifica en su producción y disfruta con su consumo”. De inmediato su arenga fue interrumpida y se oyeron fuertes ponderaciones, los trabajadores sonreían y sus ojos ahora brillaban. Continuó su soflama por largo tiempo; era más que evidente que poseía un dominio cabal de la expresión oral.

La forma en que transmitió sus ideas y sentimientos tan profundos con tanta precisión y exactitud me hizo entender que ese hombre poseía claros conocimientos en el arte de la oratoria, pues logró captar la atención del patético público al que se dirigió como si se tratara de una multitud que abarrotaba el teatro Real Drury Lane. El estímulo que generó en mi corazón fue tal que sus palabras me

conmovieron más por pasión que por razón. Instintivamente me convertí en un aplaudidor entre tantos otros y brindé con una alegría excesiva; quizá el alcohol también ya estaba haciendo su trabajo en mí, como en tantos otros que allí se encontraban. Fue entonces cuando sentí que la muchedumbre se desvanecía; lo observé fijamente y pareció que quedábamos solos él y yo. Sus ojos me miraron pero sin verme, o al menos eso es lo que sentí; me convirtió *ex profeso* en su punto fijo como si fuera un repollo bermejo develando su poder escénico en aquel ambiente cuasiteatral. Ese hombre desarrolló una de las más impactantes piezas oratorias dirigida a oyentes semianestesiados por el alcohol etílico. Absorto mientras escuchaba su alegato, y sin esperarlo, recibí una fuerte y dolorosa palmada en mi espalda; luego el hombre gritó: “¡Silencio, dejadme escuchar!”. Su expresión era enérgica y clara, en medio de su barba larga llena de costras blancas y su calvicie pronunciada.

Quien me había palmeado la espalda, con un repentino hipo que interrumpía su lenguaje poco fluido y sacudiendo ahora mi hombro agregó: “El sabio Quintiliano con frecuencia afirmaba que el poeta nace y el orador se hace” -rio exageradamente y me empujó de modo guarango buscando mi aprobación. Rápido de reflejos, con una mueca en mi rostro que develaba fastidio y complacencia, consentí a modo de respuesta.

-La riqueza no es deseable por sí misma; una nación con mucha riqueza pero mal repartida, con unos pocos ricos y

una gran mayoría de pobres, es un país pobre, por mucha riqueza que tenga.

El disertante -que continuaba arriba de la mesa captando la atención de todos- ignoró por completo al viejo calvo y retomando la secuencia de su discurso prosiguió con ahínco y energía; nada ni nadie iba a perturbar su tan majestuosa alocución. Se oyeron más aplausos y fue la excusa oportuna para justificar la consumación de un nuevo brindis. El público exaltado comenzó a delirar. Entre tanto griterío, me animé a preguntar en voz alta quién era el que se ganaba mi total y absoluta atención, así como la de mis contertulios; debía saber el nombre de ese enigmático ser.

A mi derecha se levantó de su mesa otro personaje de cabello largo, sombrero en mano y saco polvoriento; con la mirada perdida de quien está ya vencido por el alcohol y con el orgullo de quien se cree popular, golpeó con su puño torpemente la barra dando risotadas, y sentí el desprecio de su mirada que intentaba evidenciar frente a los otros mi supina ignorancia.

Como siempre, a los golpes aprendí y, cambiando de actitud, me refugié en el sabio silencio; un silencio defensivo que de ahora en más sería mi más fuerte herramienta frente a este tipo de circunstancias.

-¡Ese es Jean Charles Léonard Simonde de Sismondi! -me contestó el pelilargo, haciendo alarde de su circunstanciada superioridad.

Yo tenía algo de información sobre él, pero nunca lo había visto; ahora ya sabía quién era aquel conferenciante que captaba mi curiosidad y exaltaba mi interior.

Hijo de florentinos, como consecuencia de cierta inclinación calvinista, toda su familia y en especial su padre, hombre del clero, sufrieron castigos y persecuciones que los obligaron a refugiarse en Ginebra, ciudad donde nació Sismondi. La causa de tal maltrato había sido su libro *Principios de economía política* (1829), obra donde realizó una crítica al capitalismo industrial apartando la propiedad del trabajo y describiendo la situación del proletario industrial. Allí relató cómo los trabajadores eran salvajemente explotados en jornadas que se extendían de sol a sol y describió, entre otros males, la competencia feroz que existía entre los fabricantes que debían abaratar los costos disminuyendo el precio de sus productos, y trasladando así todo el peso de la crisis a los obreros, a quienes generalmente se les disminuía el salario. La Revolución Francesa había terminado con los antiguos gremios que fijaban el salario sobre la base del conocimiento laboral de la persona. Las fábricas no necesitaban mano de obra especializada, sino personas con mínimos conocimientos que abastecieran a las máquinas y aceptaran bajos salarios; todo eso sin duda alguna mejoraba sustancialmente la competencia. Lo cierto es que nada de esto cambió hasta la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores en 1864. Sismondi pasaría gran parte de su vida preso por el solo hecho de

defender sus ideas, no solo con palabras sino también con las armas. Luchó por la instauración de una república de características socialistas. Todas sus acciones y su pensamiento fueron siempre dirigidas casi en su totalidad a los trabajadores, mas estos nunca lo comprendieron.

El perseguido economista, viéndose develado en su identidad, continuó su arenga:

-Soy de los que sostienen que el intervencionismo económico es necesario. El proletariado, que es el trabajador que no posee propiedad, es el que asiste constantemente a las fábricas capitalistas con sus hijos. - Mirando a todos y estirando su cuello agregó-: sí, sus hijos, la prole, porque el interés privado no coincide para nada con el interés público, que es el de todos -de pronto tomó un palo largo y lo alzó-; aferrándolo fuertemente en su mano con puño en alto gritó-: ¡Debemos revertir esta situación tremendamente injusta construida entre los que tienen todo y aquellos como nosotros, que no tenemos nada!

La gente lo ovacionó y el lugar pareció hacerse más pequeño; volaron sombreros, algo de cerveza, más aplausos y, ayudado por algunos hombres sentados a su alrededor, saltó de la mesa al piso y dio por terminado de esa forma su discurso. Desde mi mesilla, lo aplaudí de pie frenéticamente.

-¡Se equivocan...! -increpó un seguidor y fanático de Thomas Robert Malthus.<sup>2</sup> Este, muy enojado y haciendo también uso de la palabra, dijo:

-El número de organismos vivos, incluidos los hombres, sería restringido inevitablemente... -gritó el claro detractor de las teorías de Sismondi, mientras pegaba un guantazo fuerte en la barra. El hombre estaba, como el resto, muy borracho, pero sus palabras arrastradas mostraban que algo sabía, y expidió con suma confianza su opinión:

-¿Ustedes saben lo que es la catástrofe maltusiana? - Todos quedaron azorados y continuó-, pues sí, el nacimiento de nuevos seres será nuestra condena, los alimentos son inversamente proporcionales a la cantidad de personas y nacimientos; llegará un momento en que los recursos, por ser limitados, se extinguirán y como especie pereceremos -por momentos se detenía, hacía pausas largas, generaba intriga en todos nosotros-. Hablo del crecimiento de la población, que es desproporcionada en relación con la producción de alimentos. Las plagas, las guerras y el control de la natalidad sobre los pobres pueden ser la herramienta que sirva para la prosecución de la raza humana. Un hombre que viene a este mundo ya ocupado por otros, que se encuentran viviendo antes que él, si sus progenitores no tienen cómo alimentarlo o la sociedad no tiene cómo insertarlo en el mundo del trabajo u obligarlo a producir algo decente para el resto de la humanidad, no merece reclamar alimento alguno ni permanecer un solo segundo más aquí con el resto de los mortales. En el gran banquete que nos proporciona la naturaleza no hay cubiertos ni lugar posible para él. ¡Sí, compañeros y amigos, la naturaleza exige que se vaya!, por

sus acciones de defensa naturales o por aquellas que realiza la humanidad, como las guerras o las pestes.

Sismondi permaneció sentado escuchando. El maldiciente de mi perfecto orador prosiguió desplegando sus teorías sin reparo:

-Amigos, sepan: los pobres se multiplican asquerosamente capturados por el vicio y su inmanejable instinto de reproducción, aun en las más abyectas condiciones de pobreza y miseria. Se replican producto de la irreflexión, la irresponsabilidad y el desquicio de los estados, que también son culpables por brindar a diestra y siniestra ayuda económica, humanitaria y subsidios a los pobres. -Su rostro comenzaba a desfigurarse, y mientras enunciaba estas palabras continuaba bebiendo y ofendiendo-. Estos costos nauseabundos deben ser eliminados, revirtiendo y dejando de lado esa política asistencial por algo que haga padecer, castigar y hacer sufrir lo más posible la perpetua holgazanería de los pobres, su dejadez y vagancia. ¡Sí! -gritó mirando al techo con ojos exorbitados-. Debemos implementar revisiones que regulen el crecimiento demográfico a través de cuidados preventivos, como los controles de natalidad, y propongo también "controles positivos" como las guerras; ¿saben por qué?, porque cuando la población no se ve limitada, actúa aumentando en progresión geométrica; los alimentos, por el contrario, no pueden aumentar geoméricamente, sino aritméticamente. ¿Saben cómo se llama esto? Ley de los rendimientos decrecientes, es decir,